



Ciencia y Técnica desde el enfoque Genético

Carlos J. Blanco Martín

Resumen:

La naturalización de la epistemología puede suponer un oscurecimiento de las claves genéticas por medio de las cuales se construye el conocimiento, y se producen diferenciaciones evolutivas entre un sistema práctico de pre-conceptos, la técnica como medio de transformación del mundo y del hombre mismo, y finalmente la ciencia que es sistema de práctica transformadora que requiere de un corpus teórico, autoconciencia elevada de su praxis e imbricación tecnológica con el sistema productivo.

Lo natural en el conocimiento científico.

Una de las consecuencias del naturalismo epistemológico consiste en desvirtuar la naturaleza histórico-genética de la ciencia. Si entendemos que la ciencia es un género que “varía” en cada una de las épocas, algo así como un modo de vida que se ve favorecido de diversa manera por los distintos ambientes, claramente estamos dando por supuesto que el conocimiento científico existe *por necesidad*. Esta relación con el medio, con el mundo, es necesaria en cuanto hay hombres. Hablar de ciencia es tanto como hablar del conocimiento (acumulado) de la humanidad. Pero de esa manera no queda *especificada* la ciencia frente a la metafísica o la religión. Se trata de volver a tomar precauciones con la tesis del naturalismo gnoseológico, que deposita en el sistema de facultades cognoscitivas humanas la garantía de la existencia de una ciencia (Ambrogio, 1999). Hay ciencia porque hay curiosidad. Se indaga por necesidad. La ciencia es una prolongación de nuestros sentidos y de nuestras disposiciones genéticas... etc. Toda una tradición, que parte de Aristóteles y que hoy desemboca en la sociobiología o la psicología cognitiva, viene a dar cuenta de la naturalidad de lo “científico”. Y por ciencia se suele entender de forma vaga un “saber” o un “conocimiento”, en definitiva un objeto de la Psicología, que es la conducta (¿exploratoria en su origen?) del ser humano como ser físico entre un universo de entes físicos (Quine, 1969). En este sentido, el conocimiento metafísico también será ciencia, así como la teología o cualquier discurso razonado sobre determinados entes u objetos, por encima de la diversidad de métodos que la humanidad emplea en el momento de tejer dicho discurso o en construir y delimitar dichos objetos. Todos los saberes quedan reducidos a la condición de conocimientos, por encima de la especificidad práctica, cultural, intencional, didáctica, etc. cada uno de ellos (Echevarría, 1999)

Nos parece evidente que el concepto de ciencia evoluciona y sólo cobra nitidez semántica en cuanto se desarrolla dentro de unos límites *epocales*. La condición histórica de la ciencia es la matriz desde la que podemos valorar las contribuciones de las restantes ciencias sociales a la hora de enriquecer una filosofía de las ciencias, sin

confundirse con ninguna de ellas. La definición de ciencia está sometida a coordenadas históricas, y la historia es una conjunción de luchas, instituciones y cambios socioculturales de todo género. Así, resulta una labor complicada hablar de “ciencia antigua”, por ejemplo, en casos como la medicina hipocrática o alejandrina, la astronomía ptolemaica, la mecánica de Arquímedes. Una sociología histórica, tanto como un estudio de aquellas mentalidades lejanas resultan puntos tan necesarios de indagación empírica o filológica, como la *metarreflexión* misma acerca de qué entendemos por “ciencia” hoy y acerca de qué validez puede haber en la práctica de agarrarse a un mismo concepto-término, y expandirlo hacia atrás y hacia delante en la flecha del tiempo, como si las esencias fuesen eternas, o, lo que viene a darnos lo mismo, como si los términos que las evocan fueran elásticos. La historiografía positivista ha llevado muy atrás el origen de las ciencias en muchas de sus obras generales, y se han querido ver “rudimentos” y “balbucesos” de ciencias diversas en Egipto, Mesopotamia, India e incluso en la remota prehistoria. Autores más o menos afines al materialismo histórico (Bernal, G. Childe, Farrington) asumen que la técnica es conocimiento práctico de la naturaleza. En justicia, puede verse la actividad técnica como una *preciencia* que desemboca en conocimiento científico de pleno derecho siempre que la religión, la ideología esclavista o señorial u otro tipo de circunstancias adversas no se interpongan en el desarrollo de un *conocimiento natural de la naturaleza*, valga la expresión.

Que la técnica precede a las ciencias no significa que aquella conduzca inexorablemente a éstas. En efecto, el dominio técnico del medio puede desempeñarse según radios de acción muy variables. El hombre prehistórico se vuelve hombre moderno, en gran medida, como resultado de una adaptación anatómica de su mano, su cerebro y en general de todo su cuerpo, en correlación con el dominio de instrumentos capaces de modificar el medio. Hay técnica en cuanto que también hay capacidades intelectuales y somáticas para esa acción intencional y controlable sobre el entorno. La técnica hunde sus raíces en la evolución biológica. Por ello, si ésta es la antesala de la ciencia, la cerebración y demás adaptaciones anatómicas también constituyen el preludio. De todos es conocida la facilidad con que la teoría de la evolución biológica se puede emplear para generar todo tipo de justificaciones *ad hoc* y falacias naturalistas. El truco falaz es más o menos como sigue. Constatamos un hecho, y los simples antecedentes sirven para explicarlo como si “necesariamente” nos hubieran conducido a él. Nada más lejos de la idea de *necesidad* que la diversa ramificación de variedades y diferenciaciones evolutivas, proceso que se ha de estudiar “idiográficamente”, por registro de una casuística, como reconstrucción de una historia contingente. Nada más irreductible que un estadio evolutivo determinado respecto a la base precedente. La visión evolutiva es en efecto, una “historia natural”, y su método es el *reconstructivo*. Se trata de describir linajes o trayectorias de cambio que se han producido *contingentemente* en el seno de un espacio de muchas otras posibilidades alternativas. Y entonces hacemos reconstrucción caso por caso tanto de los rasgos *morfológicos* como de los *funcionales* (incluyendo las capacidades psíquicas, técnicas, culturales y gnoseológicas) de nuestra especie.

Existe el hábito de considerar que la evolución es, en sí misma una ley. Dentro de dicha ley, suele decirse, operan una serie de mecanismos (paráfrasis de otros términos como “causalidad”, “relación necesaria”), etc. En la atmósfera positivista en que surgió la biología evolutiva, en su guerra contra la visión creacionista cristiana, o la lamarckiana, surgió esta terminología decimonónica en torno al *carácter necesario* de todo proceso natural, sometido a leyes y contrapuesto al *contingentismo* divino, única fuente de lo creado a través de un acto voluntario de la persona divina. La visión actual de la evolución, por el contrario, no precisa de una finalidad inmanente en los procesos naturales que sustituya a los designios de un creador (finalidad trascendente). De

igual manera que los peces, los reptiles o los más elementales seres unicelulares no “apuntaban” hacia nosotros, ni eran “preparación” de una vida consciente, intelectual o intencional, lo mismo podríamos afirmar al poner en una serie evolutiva los diversos tipos de conocimiento. Nunca se podrá sostener que la técnica del hombre de Cro-Magnon “apuntaba” a la física atómica o a la biología evolucionista de hoy. La técnica es condición de posteriores desarrollos científicos, pero no los prepara en modo alguno. La tesis relativa a una reconstrucción genética de los conocimientos debe reconocer esta humilde situación: las líneas sólo se pueden establecer hacia atrás, *históricamente*, pero lo que vino después pudo no haber venido. Las técnicas del hombre primitivo, de la misma suerte que las técnicas de las grandes civilizaciones de la antigüedad, pudieron haber sido durante siglos “modos de vida” *adaptativos* y razonables que nunca habrían tenido necesidad de convertirse en “ciencia”. De igual manera, hoy sabemos de muchas formas de vida animal que, en ambientes estables, no conocieron variación en el curso de millones de años. La tesis que contempla la cláusula siguiente, “dado un plazo suficiente de tiempo...” siempre es falaz, pues ningún sistema o entidad (especialmente un entorno) son absolutos o aislados, y siempre se introducen elementos externos de variación. Lo que importa en ciencia es el sentido constructivo que toma una variación, no registrar verdades de Perogrullo, como la variación que siempre se produce en un plazo determinado. Contra la tesis del evolucionismo acumulativo, o la versión neodarwinista más reciente (variación ciega + selección natural), hemos defendido en otro lugar (Blanco, 1999) lo que nos parece el único sentido aceptable en el que la ciencia evoluciona, a saber, un sentido constructivo. La construcción de conocimientos no conoce un fluir empírico sometido a ley necesaria de ningún tipo. Construir supone construir con reglas, aplicables a una casuística, en dependencia de las diversas configuraciones estéticas que envuelven a los sujetos quienes son, por cierto, los únicos agentes seleccionadores. Las configuraciones ya estabilizadas quedan infraexplicadas por procesos aumentativos o selectivos de carácter general. Antes bien, la diferenciación evolutiva procede de la praxis, de las operaciones de constante reajuste subjetual. Las semejanzas y -en casos- la estricta homología entre esa praxis “diferenciadora” de las teorías y las ciencias, por un lado, y la actividad técnica, por otro, exige un profundo trabajo de reflexión. Pues un parentesco no es una identidad absoluta. Los efectos transformadores de cierto género de ciencias son técnicos ellos mismos, y son impensables sin cierto desarrollo de la técnica. El humanismo, e igualmente el carácter interdisciplinar de los estudios metacientíficos (así en movimientos como los estudios CTS, *Ciencia, Tecnología y Sociedad*) coinciden en fundir en un mismo concepto-término, “tecnociencia”. Pero las palabras llevan en sí una tradición crítica, y también es legítimo hacer el distinguo, de forma dialécticamente simultánea con la efectiva fusión de la técnica y la ciencia.

Meditación sobre la Técnica, revisitada

Pues bien, la técnica no ha tenido que conducir necesariamente a la ciencia. Toda cultura humana ya es técnica en tanto que trata de objetivar colectivamente una serie de funciones psicosomáticas ya presentes en la fase homínida. Estas funciones incluyen el empleo y fabricación de instrumentos, así como el uso de la co-operación, procesos todos ellos en los que se da una inteligencia de tipo *instrumental*. Son acciones coordinadas por parte de sujetos o grupos, de modo tal que los efectos entrañan (causal y cognitivamente, en un doble círculo) directamente una mejora, un reajuste y una nueva combinación de secuencias operativas. Esa capacidad plástica de reorientar, re-montar, re-situar secuencias operatorias, sobre una base material conformada por instrumentos, ciclos naturales o, incluso, por otros sujetos capaces de

actuar, puede denominarse “pre-ciencia”, o también “técnica”, “inteligencia intencional”. No prefigura la ciencia como modo específico de conocimiento. La técnica de tipo *precientífico* es una condición necesaria y básica, en el mismo sentido en que podemos sostener que para *ser* mamífero, se da como condición previa (*entraña* de una forma natural) *ser* animal multicelular o cordado. La técnica implica siempre capacidades y acciones que tienen como sede a uno o varios sujetos. El dominio que un sujeto manifiesta en su ejecución (pericia, competencia, maestría) nunca procede de unas reglas “externas” en el sentido de normas impuestas, sino “interiorizadas” en el sentido de *puestas en práctica y construidas* tras una historia de ejecuciones perfectibles: podemos decir que la *interiorización* de las reglas es una construcción que toma como material base los actos susceptibles de perfeccionamiento (logro, éxito) y que toma como forma (estructura) el grado de ajuste alcanzado de esos actos entre sí, y con respecto a la satisfacción del sujeto, así como con respecto a la adaptación al medio. Los conceptos que pudieron fabricarse en un pasado prehistórico, en tanto que el lenguaje como *organon* los ha posibilitado y entrelazado, equivalen a las “*primeras tablas de flotación que –mientras aún no hemos dejado de nadar- construimos*” (Lorenzen, 1982). En efecto, el barco de la ciencia, por seguir con la famosa metáfora, consta de un entramado que hubo de ser hecho en contextos de supervivencia; las operaciones y las reglas prácticas de toda cultura son preconceptos que acaban diferenciándose de modo diverso, a veces en forma de ciencia, pero nunca inspirados por una intuición de ontologías, sino por la extracción de reglas prácticas.

La ciencia es, ya en contextos civilizados, en concreto contextos de origen grecorromano, un conocimiento muy diferente de la técnica en su forma. La mejora operatoria debe ser *autoconsciente*. Una metodología que no sea *autoconsciente* no pasa de ser mera técnica. Y es un hecho indicativo de decadencia científica observar que la vida de una ciencia degenera en simple aplicación de reglas (simple técnica), y no persevera en la búsqueda de otras nuevas (construcción de leyes o estructuras de relevancia ontológica, no meramente operatoria, aun siendo la operatoria la fuente de las reglas). La ciencia además exige unas *precondiciones* socioculturales determinadas, mientras que la técnica no requiere éstas. La técnica florece en entornos ideológicos, religiosos y sociales muy diversos. Está injertada en la vida humana de una forma muy honda y los vaivenes de la historia (no ya sólo en las “superestructuras” sino incluso en casos de transformaciones económicas bruscas) no afectan totalmente a los modos técnicos fundamentales, que son fundamentalmente pericias y estrategias colectivas e individuales de supervivencia. En cambio, la ciencia precisa de unos lazos de “alimentación” en el sistema tecnológico y productivo, así como unas condiciones sociales e ideológicas de libertad, publicidad, crítica y producción, que sólo en determinados niveles de civilización pueden gestarse. Dista mucho de ser la ciencia (la ciencia “positiva” y no meramente el “saber”) una institución universal y constante en la especie humana. Nada tiene de “universal antropológico”.

Naturalismo frente a Historicidad

Las tesis a favor de una *epistemología naturalista* (o naturalizada) corren el peligro de perder de vista el conjunto de hechos específicamente culturales y sociales, que hacen de la ciencia (o para mayor énfasis, de la “Gran Ciencia”) una institución que desborda cualquier perspectiva centrada en el “sujeto”, bien se le describa en el ámbito biológico (un organismo *interactuante* con un medio) o psicológico (un cerebro *pensante* o un sistema *procesador* de información, por ejemplo). Desde una perspectiva materialista, la abstracción naturalista difumina completamente los límites

y las fisuras que una “humanidad” dividida en clases confrontadas, así como en etnias, estados, religiones o concepciones del mundo incompatibles entre sí. En biología, por ejemplo, nada ganamos, sino que lo perdemos todo, con la confusión entre individuo y especie. La diferencia entre niveles de estudio enriquece la ciencia compleja de la vida. La especie no es, en modo alguno, equivalente a un organismo en grande. Otro tanto hemos de sostener en cuestiones de gnoseología. Queremos defender la idea de que el conocimiento psicobiológico de un individuo se mantiene en otro plano completamente distinto de la ciencia como institución que se atiene a prioridades, fuerzas y consecuencias de tipo histórico y civilizatorio y, por ende, está atravesada de lleno por la dinámica de clases, estados, e ideologías, de las cuales el individuo es sujeto *paciente*, y en muy menor grado *agente* salvo cuando ingresa numéricamente en algunos de esos marcos *supraindividuales* de actuación.

La naturalización de la epistemología siempre está a un paso de la *naturalización* (falaz) de la historia y de la sociedad. Y sucumbe con frecuencia a la confusión de planos que, iniciada como simple metáfora (por ejemplo individuo/especie, conocimiento organísmico/ciencia) culmina, al seguirse punto por punto, en una simple y llana oscuridad con respecto a la dialéctica interna de las categorías analizadas: aquí la técnica y la ciencia. No se puede considerar “natural” la ciencia, de igual manera que no tiene nada de natural nuestra “época”, que es la civilización mundial propia de un modo de producción capitalista tardío, que se ha construido social e históricamente y cuya génesis no se puede rastrear en nuestra biología o en proceso natural alguno.

Naturalización de la Tecnociencia: El Derecho del que puede

Lo más *natural*, en el sentido “natural” que recogemos de la retórica sofística, es que hoy hace ciencia (o *Gran Ciencia*) *quien puede* y de la forma en que le interesa a *quien puede*. Recogiendo los datos evidentes que las ciencias sociales y la historia nos ofrecen, esto es, su naturaleza social e institucional no ajena a los intereses político-económicos dominantes, debemos dar cuenta del carácter específico y autónomo que los conocimientos científicos (leyes, teorías, tecnologías) como productos de un trabajo socialmente realizado. En contra de una supuesta autonomía global (defendida por ciertos enfoques positivistas y fenomenológicos) de la ciencia, se entenderá que esos productos del trabajo social científico sólo cobran plena autonomía en el plano proposicional y teorético. Los productos, en su forma y sentido, están marcados por las necesidades de producción que una formación histórica se imponga en un momento dado. La ciencia se incorpora a la producción social de forma muy desigual en cuanto conjunto de principios aplicables a máquinas, energías o procesos naturales más o menos controlables. La formulación legal, matemática y proposicional de esos principios puede “abstraerse” en un sentido genético (qué experiencias, técnicas u oficios precedieron a esa construcción formularia) o en un sentido consecuencial (qué aplicaciones prácticas, qué efectos técnicos, materiales, económicos o sociales producen al ser aplicados). La “teoría” no es más que un momento abstracto de todo un proceso circular mucho más amplio. Y el círculo, girando en un sentido temporal, puede ser visto desde dos planos. El *plano lógico* se refiere a las condiciones antecedentes que posibilitan las teorías, los enunciados legales, las fórmulas, y las consecuencias que entrañan tanto en el sentido técnico operatorio como en un sentido deductivo, entendiendo por deducción solamente un caso especial de un proceso que se podría llamar “implicación técnica” o “consecuencia operatoria”. Por otra parte, el *plano causal* tiene en cuenta los factores y condiciones estructurales que se movilizan genéticamente en la construcción de

teorías o enunciados científicos, así como los efectos que su construcción y formulación en el seno de una sociedad acarrearán dichas formulaciones.

Revueltas de la Naturaleza.

El proyecto moderno consistió en domeñar la naturaleza. La tradición judeocristiana que hablaba, en el libro del Génesis, de un sometimiento de la naturaleza fue el punto de arranque de esta civilización. Cuando Bacon dijo que la violación o vejación de la naturaleza era en modo adecuado de hacerla hablar y convertirla en instrumento para servir al hombre en pro del adelanto humano y de su ciencia, debió sentirse plenamente inserto en esta tradición. Pero Horkheimer establece un enfoque dialéctico, y nos dice: “la naturaleza se venga”. No puede por menos de darse esta revancha por cuanto que el hombre es naturaleza y es civilización, y también es el resultado dialéctico del conflicto entre naturaleza y civilización. En su naturaleza cuenta con todo el equipaje de instintos plenamente animales y brutales en su origen, pero también en su actualización. Y por lo que hace a la civilización, esta consiste en el duro proceso de torturas que, ontogenéticamente, sufre la criatura humana para adaptarse a la instancia civilizadora, llámese primero Padre, después, llámese Estado, Éxito social o Adaptación al entorno. En el seno mismo de una criatura híbrida como es el hombre, se dará la propia venganza de la naturaleza, que cargará con contenidos de odio y afán destructor los esfuerzos ímprobos por haber sido sujeto “civilizado”, y un hombre razonable y adaptado, por poseer un super-ego, en definitiva. Y una civilización, como es Occidente, poblada de yoes resentidos, centros todos de acumulación de odios y violencias, tan sólo será capaz de sostener una costra aparentemente impoluta y formalizada, mientras que por debajo se agitarán serpientes y leones muy fieros. La costra, esa superestructura de leyes y derechos humanos, ese cargamento de razones “formalizadas”, deviene, día a día, en estorbo cosificado para la descarga mortífera de golpes efectivos contra “lo otro”, contra enemigos no siempre reales del todo, por cuanto que son *mimesis*, en términos de Horkheimer, del enemigo que llevamos dentro. La proyección hacia el otro de nuestros propios demonios exige de las “razones formalizadas” su conversión en piedras en derribo. Alternativamente, los viejos monumentos jurídicos, éticos, políticos y filosóficos habrán de ser vistos como tales monumentos y museos tiempo ha dejaron de estar activos y también, llegados al extremo, en el punto omega de su proceso degradante de formalización, en olvido de su razón de ser tanto como de las luchas heroicas que implicaron su levantamiento fundante. El monumento de la Democracia, y todas las Cartas Magnas del orbe civilizado, las solemnes Declaraciones de Derechos Humanos, así como toda la retahíla de resoluciones de la O.N.U. ya son “razones formalizadas” y homenajes a esos viejos monumentos en el momento mismo en que se formula, en violenta disonancia con el mundo real.

Mas, por otro lado, la propia realidad, que ya es progresivamente realidad económico-técnica, se torna impulsiva y salvaje como venganza de su ultraplanificación, y por ende, se “naturaliza”. Las palabras, día a día cada vez más huera, los términos que invocan las almas bienintencionadas, ya sea en la política, la caridad organizada o en la educación, se estrellan contra el mundo salvaje de las guerras “ilegales”, las ejecuciones sumarísimas e incluso el canibalismo, la violación organizada de mujeres y la trata de niños para la prostitución y la extracción de órganos. Parecidos horrores conoció el mundo en el pasado, pero menos hipócrita era la manera de gestionarlos y digerirlos en los reductos de la sociedad que se decía a sí misma “civilizada”. Sólo con el declive de la mentalidad colonial, pudo el europeo percatarse del doble rasero con que se medía su civilidad. Sólo con las atrocidades de

los nazis, y la liberación del más salvaje impulso dentro de la costra de la vieja Europa, pudo el viejo Europeo empezar a comprender que el otro, a quien era fácil reducir a mera Naturaleza, también podía ser el vecino de al lado, y compartir su mismo color de piel. La guerra de todos contra todos, resucitada hoy bajo los nuevos métodos de terrorismo global y potenciada con el fenómeno de inmigración de gentes excolonizadas hacia la metrópoli, ha levantado muchas barreras psíquicas, y dentro de ellas, ha liberado temores instintivos, pero no así las murallas estrictamente policiales y económicas, esto es, las coercitivas. La protección de altos niveles de vida liberará, sin duda, viejos impulsos miméticos. Una nueva Reconquista en España, o la defensa de los Valores Cristianos en la Unión Europea, impulsos muy “calientes” y profascistas, tendrán que coexistir con las más frías razones formalizadas que invocarán el multiculturalismo desde todas las instancias oficiales, instituyéndose premios y gracias, incluso, a quienes deseen acoger a los otros en su casa, como síntoma de civismo.

Pero la costra institucional lleva años, siglos, pudriéndose. Por debajo suyo, no son sino las más fieras leyes de la selva las que nutren con sus riegos de sangre y sudor, a tan reseca y enteca superestructura. Todo jugo de que viven ejércitos de funcionarios e intelectuales orgánicos toma su vida, a la postre, del juego económico con el que las empresas capitanas de la industria y el comercio hacen bailar a tantos instintos. Millones de centros de autoconservación y resentimiento, centros que han aprendido a decir “yo”. Y es que la civilización sólo muy superficialmente es tal, como un espejo deformado que refleja la masa de instintos primitivos. Europa misma, y por extensión, Occidente, ya ha dejado de sentirse a gusto en casa y es sabedora de la criminalidad cavernícola que habita entre sus propios muros y en el seno de sus mismos hijos barnizados y pulidos. Si esa masa que aspira a emerger y vengarse de la educación represiva que ha recibido, se entremezcla además con extraños contingentes de seres alienígenas que son percibidos por los nativos como gente sucia, pobre, oscura y fanática, ¿cómo podrán las propias naturalezas reprimidas soportar la trivialidad de sus vidas? Trivialidad que tan sólo costa de una venenosa sumisión a la propaganda y al esfuerzo laboral capitalista se cree capaz de orillar en los propios metropolitanos su misma suciedad, pobreza, oscuridad y fanatismo.

Conclusiones

Así pues, la ciencia es una construcción social, pero no un “invento” que sirve a determinados intereses, privados o de clase. Si un mero invento fuese, aun quedaría por explicar el grado de eficacia pragmática que exhiben tantas teorías físicas, químicas, biológicas, cuando se trata de una transformación radical de nuestro entorno, de nuestra estructura, de las fuerzas naturales. Otra cosa muy distinta es confundir esta eficacia (o “verdad”) pragmática, demostrable por los efectos, con la técnica.

Toda una corriente crítica con la ciencia que transita a lo largo del siglo XX, cifra su pesimismo hacia la civilización vigente en el predominio de un pensamiento esencialmente calculador y *manipulativo*, que obedece desde la Modernidad a una determinada forma de estancia en el mundo, que evidentemente es de naturaleza técnica. Esa forma “técnica” de estar, obrar y pensar ha provocado no pocas atrocidades y aparta al hombre de sí mismo, de su naturaleza. La *Dialéctica de la Ilustración*, de Adorno y Horkheimer (1998), la obra de Martin Heidegger, y muchas corrientes posmodernistas han rebajado a la Ciencia a su talante técnico (en el sentido doble de manipulador y meramente “obrador”, instrumental). Al mismo tiempo, esta categoría de Técnica aparece elevada a la condición de nueva esencia del hombre

desde que se hizo moderno, auténtico reverso del mismo concepto de Hombre, *sujeto* o *substancia* que sigue rumbos de perdición, olvido y error de su propia naturaleza.

Y es verdad, como anunciábamos al comienzo del ensayo, que la técnica puede ser vista como *precategorial*. De este estilo de pensamiento y acción, podemos encontrar pruebas en la más lejana prehistoria, en sociedades de primitivos contemporáneos y en todas las civilizaciones. El grado de implicación social de los sujetos dota a la técnica de un radio y una potencia de acción muy variables. Ya desde el principio observamos que la primera técnica (en el sentido sustantivo de la palabra) y la primera condición para la “intensidad” de efectos de la técnica es la organización social, el uso político (ya fuere coactivo o cooperativo) que unos individuos ejercen sobre los otros. Desde siempre el “otro” ha servido como medio para los fines de un sujeto. Las técnicas antropológicas más antiguas son la base de la medicina y la política (bien documentadas y “pensadas” como tales técnicas en Grecia), una vez desembarazadas de sus ropajes mágicos, rituales y folklóricos.

El grado en que unas técnicas cualesquiera, y de forma principal las técnicas antropológicas, se emancipan del *folklore*, esto es, ganan en autonomía y secularización, es una buena medida de nivel de civilización. Sólo la nostalgia de un paraíso perdido, la añoranza de una supuesta comunidad *folklórica* originaria han podido crear un pensamiento filosófico que identifica de forma deliberada la Técnica (como trascendental o como un principio del Mal substantivado) con ciencia y civilización moderna. Pero decir Técnica es decir Hombre, y al pronunciar esta última palabra, estamos aglutinando un conjunto de relaciones sociales que todos los días se construyen de forma política, controlada.

El cuidado de *uno mismo* y de los *suyos*, la consolidación de unos lazos comunitarios o su síntesis más elevada (por encima de conflictos) en forma social, nunca se construye al margen de procesos operatorios que tienen puesto su *telos* tanto en *lo otro*, en objetos de transformación técnica, como en *los otros*, esto es, sujetos con análoga capacidad técnica e intencional, que responderán a mis actos, y que generarán a su vez acciones, según procesos recurrentes.

En este punto conviene volver al hilo de nuestras preguntas iniciales. Vistas las cosas después de éste análisis, más allá de las posturas dicotómicas (ciencia vista desde “fuera” desde la sociedad, o ciencia desde “dentro” como conocimiento autónomo), podemos ver que la técnica es consustancial al hombre, que abarca el dominio y la previsión de lo otro y de los otros, que define lo humano como constante localizada en todas las culturas y civilizaciones. Entonces, no podemos seguir viendo la técnica como un mal o un valor, exclusivo de nuestro Occidente. No es el pecado de toda un área grecorromana, la misma cuya prolongación en el tiempo nos toca vivir ahora, sólo que imponiéndose (de forma agresiva) sobre Oriente y sobre todas las culturas indígenas. De ningún modo. La técnica se entenderá como una estructuración de operaciones, esto es, de funciones al mismo tiempo lógicas como causales en su eficacia. La fuente biológica de esas funciones, de esas intenciones, es un organismo consciente, o bien un grupo de organismos con capacidad para aglutinar coordinadamente sus acciones.

Si en los días que corren el capital es la fuerza con mayor capacidad para incorporar-generar (se trata de una espiral que se *realimenta*) las técnicas y tecnologías, él será el vector de toda “maldad” y de todo “olvido” trastocando la Técnica que, es tanto como decir, al Hombre. Si, con el fin de acrecentarse el capital disuelve a su paso todo orden y toda relación social incompatible con su lógica propia (la “lógica” de la plusvalía que sólo consiste en crecer, concentrada en manos privadas), nos encontramos con la situación siguiente. Esa categoría central en la vida humana, la Técnica, (y no ya solamente de la Modernidad) se encuentra plenamente atravesada por el capitalismo que es, ante todo, una forma de estructurar las relaciones sociales. La técnica, que nace también necesariamente haciendo de los

otros *instrumento* y *fin* de las relaciones sociales, se vuelve completamente congénere del capitalismo como forma de dominación y producción. La técnica pierde su condición de constante antropológica, de universal en un sentido ontológico. La técnica, alimentada en realidad por la aplicación continua de principios, leyes o fórmulas científicas, potenciada como tecnología, se mistifica a sí misma como ideología y se hace por tanto *corresponsable* de la dominación y de todos los demás “males” modernos.

Esta es nuestra conclusión. Ciencia y Técnica son realidades muy diferentes. Lejos de reducirlas a una sustancia común, como “saberes” naturales o “constantes antropológicas”, conviene distinguirlas genéticamente, históricamente. Si en unos orígenes prehistóricos la técnica --como competencia y estructuración inteligente de operaciones-- fue una *constante* de la especie, hoy en día, como tantos otros aspectos de la vida social de los hombres, se ve trastocada de arriba abajo por el capital y sus leyes. La lógica capitalista se fundamenta en la apropiación de saberes y capacidades populares, que devuelve a la sociedad en forma objetivada por procesos *tecnológicos*, o estandarizaciones de producción masiva. A los trabajadores y al resto de la sociedad se les despoja de sus saberes (“interiorizados”, inteligentes): sólo tienen que producirlos y consumirlos como si fueran autómatas. La sabiduría sólo reside de forma extrañada e inerte en los bienes y en los servicios, o de forma muy distante y exclusiva en una cúpula de tecnólogos y especialistas.

Bibliografía

- ADORNO, TH. Y HORKHEIMER, T. (1998): *Dialéctica de la Ilustración*. Trotta: Madrid.
- AMBROGI, A. (1999): *Filosofía de la ciencia: el giro naturalista*. Universitat de les Illes Balears: Palma.
- BLANCO, C. J. (2000): “Constructivismo”, pps. 148-153 en MUÑOZ, J. y VELARDE, J. (eds.) *Compendio de Epistemología*.
- ECHEVARRIA, J. (1999): “¿Naturalizar o artificializar la filosofía de la ciencia? los ejemplos de la educación científica y la teleciencia”, pps. 343-366 en AMBROGI, A. (ed.) *Filosofía de la ciencia: el giro naturalista*.
- HORKHEIMER, T. (2002), *Crítica de la razón instrumental*, Trotta: Madrid.
- LORENZEN, P. (1982): *Pensamiento metódico*, Cuadernos Teorema: Valencia. Trad. De M. Garrido y J. Sanmartín.
- MUÑOZ, J. y VELARDE, J. (2000.) *Compendio de Epistemología*. Trotta: Madrid.
- QUINE, W.V. O. (1969): *Ontological Relativity*, Columbia University Press: N. York.